

González es una publicación del Departamento de Arte / González solo publicará textos y colaboraciones que tengan como remitente a correos de "uniandes.edu.co" y bajo el crédito de la persona que los envía. En caso de que sean enviados por miembros de la universidad ya graduados o profesores retirados que no tengan este tipo de cuentas de correo se verificará su vinculación / En los textos donde se haga mención explícita a una persona del Departamento de Arte, o a miembros o dependencias de la universidad, se enviará copia de ese correo a los sujetos en cuestión con el fin de ofrecer la posibilidad de una contracrítica en el próximo número de González / González publica lo que se quiera hacer público, todo lo que quepa en esta hoja de papel. Esta hoja circula por impreso y por correo al comienzo de cada semana del periodo académico.

CIRCULA EN EL DEPARTAMENTO DE ARTE
FACULTAD DE ARTES Y HUMANIDADES, UNIVERSIDAD DE LOS ANDES

Si desea estar con González, envíe su colaboración al correo electrónico:
hojagonzalez@gmail.com

ARCHIVO: <http://arte.uniandes.edu.co/gonzalez/>

5 al 9 de octubre, 2015

ENVIADO POR
Redacción González

Juan Mejía
Hacia un lugar común
Ganador del Premio Luis Caballero

La imagen del naufragio ha sido recurrente en la historia del arte por su eficacia alegórica, no requiere conocimientos previos para su asimilación y documenta una realidad vigente y concreta con fuertes connotaciones de tragedia y sensación de fracaso que puede generar una fascinación casi natural. Por su parte, la noción de fracaso también es casi un lugar común en el arte y la cultura contemporáneos que subyace a todo el "programa" cultural general del posmodernismo o incluso a la condición humana de la contemporaneidad, por lo cual se involucra en este proyecto con cierto elemento de ironía. El proyecto es una metáfora de tiempos (presente, pasado y futuro), asimilable a nivel personal, cultural, institucional e histórico.

Lugar - MUSEO DE ARTE MODERNO DE BOGOTÁ
fecha cierre - NOVIEMBRE 15, 2015



ENVIADO POR
Andrés Pardo

Robinson Crusoe
(Fragmento)

Al punto comprendimos que estábamos perdidos; el oleaje era tan alto que el bote no podía resistirlo y no pasaría mucho antes de ahogarnos. Otra vez confiamos nuestras almas a la Providencia, y como el viento nos arrastraba hacia la costa apresuramos nuestra destrucción remando con toda la fuerza posible hacia tierra. ¿Cómo era la costa? ¿Rocosa o arenosa, abrupta o de suave pendiente? No lo sabíamos; nuestra única sombra de esperanza era la de ir a parar a un golfo o bahía, quizá las bocas de un río donde nuestro bote, a cubierto por el sotavento de la tierra, encontrara aguas tranquilas. Pero nada de esto parecía probable y mientras nos acercábamos a la costa la encontrábamos aún más espantosa que el mismo mar.

Después de remar, o mejor, de dejarnos llevar, aproximadamente una legua y media, una gigantesca ola, como rugiente montaña líquida, se precipitó súbitamente sobre nosotros, dándonos la impresión de que era el «coup de grâce».

Nos cayó con tal violencia que el bote se dio vuelta en un instante, y separándonos de él como de nosotros mismos, sin darnos tiempo a decir: « ¡Mi Dios!», nos engulló a todos. No podría describir el estado de ánimo que tenía cuando me sentí hundir en las aguas, porque aunque sabía nadar muy bien no conseguía librarme de la fuerza de las olas y ascender a respirar, hasta que después de arrastrarme interminablemente en dirección a la playa, la ola rompió allí y al retroceder me dejó en tierra firme, medio muerto por el agua que había tragado. Me quedaban suficiente aliento y presencia de ánimo como para advertir que

estaba más cerca de la playa de lo que había supuesto, y enderezándome traté de correr hacia ella con toda la velocidad posible antes de que otra ola me arrebatara. Pero de inmediato supe que aquello era imposible porque vi crecer el mar a mis espaldas como una montaña y con la furia de un enemigo que me superaba infinitamente en fuerzas. Mi salvación estaba en retener el aliento y sostenerme a flote todo lo posible, tratando en esa forma de nadar hacia la playa; pero me aterraba pensar que acaso el oleaje, después de sumirme profundamente en el mar, no me devolvería a la costa en su retorno.

La ola que me cayó encima me hundió veinte o treinta pies en su seno, y otra vez me sentí arrastrado con una salvaje violencia y velocidad hacia la tierra, pero contuve la respiración y traté de nadar hacia adelante con todas mis fuerzas. Meparecía que iba a estallar por falta de aire, cuando me sentí levantado y de pronto tuve la cabeza y las manos fuera del agua; aunque esto solamente duró un segundo, me permitió recobrar el aliento y nuevo valor. Otra vez me tapó el agua, pero no tanto como para hacerme perder las energías, y cuando advertí que estaba en la playa y que la ola iba a volver, luché por sostenerme hacia adelante y toqué tierra con los pies. Me estuve quieto un momento para recobrar la respiración y mientras el agua se retiraba eché a correr con toda la velocidad posible hacia la costa. Pero ni esto me libró de la furia del mar y por dos veces consecutivas volví a ser arrebatado y devuelto otra vez a la playa, que era sumamente suave. La segunda vez estuvo a punto de serme fatal porque el oleaje, después de llevarme mar adentro, me proyectó con violencia contra una roca y tal fue la fuerza del golpe que me privó de los sentidos, dejándome indefenso contra su furia. El golpe me había magullado el pecho y el costado, privándome por completo de la respiración; estoy seguro de que si el mar hubiera vuelto inmediatamente habría perecido ahogado. Pero recuperé los sentidos un momento antes del retorno de la ola, y viendo que otra vez iba a ser arrastrado por ella me aferré con todas mis fuerzas a la roca, luchando por contener el aliento hasta que el agua retrocediera. Las olas ya no eran tan altas como antes, por la proximidad de la costa, y pude por lo tanto resistir el embate hasta que cesó, y entonces eché

a correr hacia tierra con tal fortuna que la siguiente ola, aunque me alcanzó, ya no pudo arrancarme de donde estaba y en una segunda carrera me libré totalmente de su rabia, encaramándome sobre los acantilados hasta desplomarme sobre la hierba, libre de todo peligro y a salvo del mar.

Cuando comprendí con claridad el riesgo del que acababa de salvarme, elevé mis ojos a Dios y le agradecí que hubiera perdonado una vida que segundos antes no conservaba la menor esperanza. Me paseaba por la playa alzando no sólo las manos sino todo mi ser en acción de gracias por mi rescate, haciendo mil ademanes que no podría describir y reflexionando sobre mis camaradas que se habían ahogado, siendo yo el único que había conseguido pisar tierra; nunca volví a verlos, ni siquiera encontré señales de ellos, salvo tres sombreros, una gorra y dos zapatos demdistinto par. Fijé los ojos en el barco encallado, al que la distancia y la furia del mar apenas me permitían divisar, y me maravillé.

— ¡Oh, Señor! —prorrumpí—. ¿Cómo he podido llegar a tierra?

Después de alegrar mi espíritu con el lado feliz de mi aventura, empecé a reconocer el lugar en torno mío para averiguar qué clase de sitio era y cuáles medidas debía tomar. Mas pronto cesó mi contento al comprender que de nada me servía la salvación. Estaba empapado, sin ropa que cambiarme y nada para comer y beber; la perspectiva más probable era la de morir de hambre o ser devorado por animales feroces. Lo que más me afligía era no tener armas con que matar un animal para alimentarme o como defensa contra cualquier bestia que quisiera hacerlo a costa mía. En una palabra, sólo tenía un cuchillo, una pipa y un poco de tabaco en una cajita. Al comprender la miseria en que me encontraba sentí crecer en mí tal desesperación que eché a correr como un loco. La noche se acercaba y en mi angustia me pregunté si en aquel país habría bestias salvajes, sabiendo de sobra que aquellas eligen las tinieblas para acechar sus presas. Todo lo que se me ocurrió fue treparme a un frondoso árbol, especie de abeto pero con espinas, y allí me propuse estar me la noche entera y decidir, a la mañana siguiente, cuál sería mi muerte; porque ya no veía esperanza alguna de seguir viviendo.